

Tal como Bisso señala, y como se hace patente en la selección documental, el discurso antifascista sufrió importantes mutaciones a lo largo del período considerado. Así, si los argumentos que fundamentaban la necesidad de estructurar un frente antifascista fueron variando, también fueron mutando las definiciones del enemigo pasible de ser caracterizado como fascista. De tal modo, fueron rotulados como tales tanto los regímenes de Mussolini y Hitler cuanto las organizaciones nacionalistas locales (aunque se debe recordar que el mote de fascismo criollo vio la luz por primera vez con la caracterización que el Partido Comunista Argentino hiciera del yrigoyenismo a fines de la década de 1920), la dictadura de Uriburu, los gobiernos de Justo y Castillo, el régimen militar de 1943 —al que sin embargo buena parte de las organizaciones antifascistas habían recibido con expectativas, al igual que la mayor parte del arco político argentino— y finalmente Perón y el peronismo.

Paralelamente, tuvo un lugar relevante en la economía discursiva del antifascismo la denuncia de la nación amenazada por las potencias del eje, apelación en la que el rol quintacolumnista podía ser atribuido a una amplia variedad de personas o elementos. Si la creencia efectiva en una amenaza contra la nación motivó la creación de una Comisión Parlamentaria de Investigaciones de Actividades Antia argentinas en 1941, también daría pie a acciones de carácter instrumental y —en su momento y hasta nuestros días— a toda clase de fantasías sintetizadas en la figura del Cuarto Reich destinado a erigirse a orillas del Plata.

La introducción de Andrés Bisso y los documentos por él seleccionados dan cuenta también de las tensiones y combinaciones entre los llamados a la defensa de la tradición y a la revolución en el discurso antifascista, y de las distancias entre los que se consideraban miembros de una causa caracterizada simultáneamente como nacional, americana, internacionalista y humanitaria.

La trayectoria del antifascismo argentino contribuye a explicar en buena medida las características de una Unión Democrática que, heredera de dicha tradición, no logró

romper con las lentes que determinaban que el adversario político no pudiera ser caracterizado sino como un enemigo fascista. Tal como sostiene Bisso, hacia 1946 la herramienta antifascista “había cumplido su edad útil, desgastada por el uso constante e intenso a la que había sido sometido durante más de una década”. La sucedería un largo languidecer.

La selección de documentos para el análisis de la historia y la prensa antifascistas da cuenta de la variedad de las orientaciones y de los problemas que arriba señaláramos, a partir de la inclusión de las personalidades y grupos más representativos del campo, así como de algunas fuentes menos típicas, que permiten enriquecer el cuadro. Seguramente existirán lectores que lamenten que determinada figura u organización no se encuentren entre las seleccionadas, pero la amplitud del universo antifascista impide que en una selección razonable aparezcan la totalidad de las voces.

Los documentos están ordenados en cinco grandes secciones: “Manifiestos y otras formas de presentación del antifascismo”; “Las múltiples caras del antifascismo” en la que se presentan textos que definen como fascistas a diversos enemigos internos y externos, y adscriben el antifascismo a diversas causas y tradiciones; “La evolución temporal de la apelación antifascista”; “El antifascismo frente a la política: La Unidad y la división”; y “Escritores e historiadores en la prensa antifascista”. En esta última sección aparecen, entre otros, textos de Borges, Arlt, José Luís Romero, Levene y Ravnani, así como una contribución del por entonces estudiante Tulio Halperin Donghi en **Antinazi**, en 1945.

Al igual que en el caso del libro anterior de Bisso, este texto puede ser leído como un aporte específico al debate historiográfico generado en torno a la identificación entre antifascismo y comunismo sostenida, entre otros, por François Furet en **El Pasado de una ilusión**, y como una demostración de la pluralidad de la experiencia antifascista.

El Antifascismo argentino es un libro que muestra al antifascismo en sus facetas más virtuosas pero también en sus áreas más problemáticas, resultando una

importante contribución para el estudio específico del fenómeno y para el análisis de la historia política de la primera mitad del siglo XX argentino.

Daniel Lvovich
(UNGS - CONICET)

A propósito de Alejandro Blanco, **Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina**, Buenos Aires, Siglo XXI (colección Historia y Cultura, dirigida por Luis Alberto Romero), 2006, 280 pp.; y Alejandro Blanco (selección de textos y estudio preliminar), **Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes (colección La ideología argentina, dirigida por Oscar Terán), 2006, 369 pp.

Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina se inscribe en un triple registro de interés. Por un lado, en las discusiones acerca de la figura de Gino Germani, que ya representan todo un tópico autónomo, en el marco de las cuales Blanco da un quiebre definitivo con las lecturas tradicionales. Por otro lado, su versión de la historia de la sociología argentina puede ser contextualizada en el creciente interés por la génesis y el desarrollo de las diversas disciplinas científicas y, en particular, por la constitución del conocimiento social en la Argentina. En este registro, Blanco atiende a zonas inexploradas, como el período del peronismo, y ofrece un relato rico y atento a la diversidad de los contextos que tematiza. En tercer lugar, sus planteos se inscriben también en el marco de las discusiones contemporáneas acerca de la historia intelectual, de las cuales Blanco pone en juego una sofisticada versión apuntando a un núcleo crítico decisivo: la ascensión de la radical historicidad de los discursos como vía hacia una práctica más reflexiva de la disciplina y su historia.

Razón y modernidad está organizado en tres partes hábilmente articuladas y equilibradas. El primer capítulo de la primera parte funciona como una obertura a la totalidad del libro, pues instala el talante crítico que guiará todo el recorrido. ¿Cómo escribir la historia de la sociología? Blanco constata, en una prolija histo-

ría del problema, que tradicionalmente las historias de la sociología, aunque escritas por sociólogos, se mostraron escasamente sociológicas, además de muy poco históricas. Los que afirmaban la pertenencia de la sociología al universo de las humanidades, sostuvieron un modelo de "sociología perennis" según el cual los problemas y cuestiones son siempre en términos generales los mismos (los nuestros, claro). Los que anhelaban la equiparación de la sociología a los parámetros de las ciencias naturales, defendieron un modelo de "sociología científica" que examina su pasado a la luz del conocimiento científico corriente (que es nuestro paradigma actual, por supuesto). En ambos casos la historia de la teoría es eximida de vaivenes y claroscuros, aplanada en una superficie horizontal y homogénea, como un conjunto de respuestas a los mismos problemas. Respuestas variadas y todas igualmente válidas que, verdaderas o falsas, son cada vez más próximas a una "ciencia" despojada de "ideología", en la perspectiva científica. En el "presentismo" intemporal de la primera tanto como en el "progresismo" científico de la segunda, la complejidad de la historia se sacrifica en aras de un presente del saber sociológico erigido en norma de su propio pasado. En vez de estudiar el proceso concreto por el cual las teorías emergen, cambian, permanecen o se extinguen, estas historias están orientadas a legitimar una determinada concepción de la disciplina. Este trasfondo normativo otorgó a las historias de la sociología tradicionales un carácter marcadamente ahistórico. Recién desde mediados de los años 60, con los desarrollos en la historia de la ciencia de parte de Thomas Kuhn y luego con los planteos que realizaron figuras como Quentin Skinner para la historia del pensamiento político, se desplegará una "ofensiva historicista" que comenzará a dar sus frutos, ya desde mediados de los 70, en las historias de la sociología. Lo que se planteaba por primera vez era el carácter histórico no sólo de las respuestas sino fundamentalmente de las propias preguntas. De aquí la exigencia de comprender el pasado de la ciencia "en sus propios términos" y la consecuente crítica de los "anacronismos" productos de la transferencia al pasado de conceptos y criterios de nuestro presente. Este reclamo nos lleva más allá

de la historia inmanente del desarrollo de las teorías sociológicas, hacia el estudio de los "contextos" de emergencia de las teorías y a las "intenciones" de los actores de la disciplina, desplegadas en estrategias nunca meramente intelectuales. De este modo, Blanco se propone la ardua y minuciosa tarea de comprender la singularidad de su objeto, atendiendo por tanto a la materialidad de los procesos de su efectiva emergencia y constitución histórica (instituciones, editoriales, Estado, etc.). Puestas bajo esta luz, categorías tradicionales de la historia de la sociología, como las de "padres fundadores" o "textos clásicos", remiten mucho menos a la materialidad de la historia disciplinar que a las operaciones de construcción retrospectiva sobre la misma. Reconociendo el carácter problemático de las ideas de "contexto" y de "intención", Blanco las reivindica críticamente como piezas clave de un "historicismo atemperado" que permita superar toda explicación normativa. Esto implica, en lo diacrónico, obtener toda narración teleológica que eleve el presente de la disciplina en criterio de su propio pasado; y, en lo sincrónico, deconstruir las dicotomías consagradas (ensayo/ciencia, tradición/modernidad, etc.), que también han operado como dispositivos normativos de legitimación.

En el resto de esta primera parte Blanco reconstruye el proceso de institucionalización de la sociología antes de Germani. Con este gesto, disuelve varios lugares comunes. Reconoce que ya desde la fundación del Instituto de Sociología bajo la dirección de Ricardo Levene en 1940, nos encontramos ante una incipiente pero decidida construcción del campo. Hay sociología antes de Germani, y Germani más que "fundador" será un refundador de un campo en pleno desarrollo. Para esto, Blanco diluye, además, el supuesto de que durante el peronismo no hubo desarrollo de la sociología. Por el contrario, en ese período se establecieron las principales bases organizativas de la disciplina, y la enseñanza de la sociología experimentó un mayor grado de inserción en el sistema universitario. Es entonces cuando se consolidan los actores que luego disputarán el campo cuando Germani intente su ofensiva a partir de 1955.

La segunda parte ofrece un examen genético y sutil del proyecto intelectual de Germani, que deja sin sustento a las lecturas convencionales que lo reducen a una implantación local del funcionalismo norteamericano. Blanco adopta una actitud genealógica al prestar atención a la silenciosa gestación del proyecto de Germani antes de la "revolución Libertadora", rastreando la procedencia precaria y contingente de la empresa que cristaliza en 1957. Además, y como consecuencia de ese regreso a la cocina del héroe, Blanco se interna en el análisis de una de las principales ocupaciones de Germani en ese período, la labor editorial. Esta "contextualización" y atención a los efectivos soportes materiales de su estrategia, de su "intención", son corolarios de la propuesta metodológica de Blanco. El estudio de la labor editorial de Germani, que es sin dudas uno de los aportes más originales del libro, es la principal clave de desmontaje de las lecturas consagradas, pues muestra la contaminación con disciplinas y con tradiciones intelectuales ajenas a la sociología funcionalista norteamericana. Desde 1944 y hasta principios de los '70, Germani desarrolla su actividad editorial primero en Abril y luego en Paidós, editando, traduciendo y prologando un universo teórico que resultó decisivo, tanto en la constitución de su perfil intelectual cuanto en el diseño de su intervención institucional: K. Horney, H. Laski, G. de Ruggiero, C. Wright Mills, G. H. Mead, D. Riesman, F. Neumann, E. Fromm, etc., nombres no sólo difícilmente clasificables como sociólogos, sino en casi todos los casos marginales e incluso críticos del funcionalismo. De este universo, a Blanco le interesa particularmente la presencia de la "escuela de Frankfurt", sobre todo la traducción y la introducción de **El miedo a la libertad** de Fromm, pues representa una constelación intelectual en torno a la que se articulan dos aspectos centrales del proyecto germaniano redescubierto en este trabajo: en primer lugar, la problemática convivencia de una autocomprensión positivista con una crítica de la razón instrumental que tensiona desde el comienzo el proyecto de la "sociología científica"; en segundo lugar, la incorporación del psicoanálisis en la teoría social, en vistas de una "psicología social" fraguada en el psicoanálisis "revisionista" de

Fromm. De este modo, Blanco muestra el intento de Germani de responder a lo que en su época se diagnosticaba como una “crisis de la razón”, no a través de una claudicante reducción neopositivista de la razón al dominio de lo empíricamente verificable, sino en la búsqueda de un “racionalismo ampliado”, según la fórmula de Blanco, comprometido con el problema de los valores y los “fines” del conocimiento científico. Emerge así una matriz intelectual que, a partir de la pregunta por la racionalidad de la acción, le permite poner a la sociología al servicio no sólo de la “planificación” técnica, sino fundamentalmente de la ilustración práctica de la voluntad política con intención emancipatoria.

En la tercera parte se entrecruzan los itinerarios planteados en las dos primeras, dando coherencia y sistematicidad a la intención general del libro, al preguntar por el modo en que se inscribe el proyecto de Germani en el proceso ya incipiente de institucionalización de la sociología. Si la primera parte mostró que hubo sociología antes de Germani, la tercera demuestra que la empresa de Germani no tuvo el éxito ni la unanimidad que defensores y detractores suponen, sino que ingresó en un complejo campo de fuerzas en el que los viejos actores del campo siguieron operando con vigor. La “sociología científica” es un relato homogéneo y triunfante sólo en los deseos de sus defensores, y acaso su único verdadero triunfo haya sido que sus más acerbos críticos asumieran acriticamente ese relato, aunque en negativo. Blanco desmonta ese relato mostrando sus límites, sus contradicciones, abriéndolo a su propia contingencia. La institucionalización de la “sociología científica” se dio en el contexto de una renovación de los ideales intelectuales de la disciplina, proveniente de un descontento (no exclusivo de Germani) con una concepción “culturalista” de la sociología, que comenzará a ser impugnada como “sociología de cátedra” por prestar más atención a lo doctrinario que a lo empírico, a la enseñanza que a la investigación. La eficacia de la operación de Germani a partir de 1955 se debió fundamentalmente a que supo articular este descontento en una fórmula intelectual relativamente sistemática y con capacidad de repro-

ducción, ligándola con la reorientación modernizadora dentro de la universidad, así como con problemas considerados entonces relevantes en la opinión pública general (el peronismo, el desarrollo, la modernización). Sin embargo, este proceso no logró la eficacia ni la homogeneidad que sus propulsores hubieran deseado, y desde el comienzo el campo de la sociología mostró una fuerte división que se expresó regional e internacionalmente en redes de legitimación que funcionaron de manera casi paralela. El éxito de Germani entonces, fue relativo, siempre inestable y finalmente fugaz, en un campo tensionado por la disputa entre la “sociología científica” y la “sociología de cátedra”, y más tarde ya convulsionado por el ingreso de nuevos actores en pugna, las sociologías “nacionales” y “marxistas”. Por entonces, a mediados de los ‘60, la breve hegemonía del proyecto de Germani ya tocaba su fin.

Quien busque en este libro un modelo de disciplina sociológica a seguir se verá cabalmente defraudado. En esto se diferencia radicalmente de un clásico en el género como **La sociología en la América Latina: problemas y perspectivas**, del propio Gino Germani. Para Blanco no se trata de conectar la sociología, o su historia, con un valor sustantivo —la científicidad, la nacionalidad, la emancipación—, sino con un parámetro crítico que esté en condiciones de hacerla comparecer ante su propia historicidad y contingencia. Mucho más modesto y mucho más radical. Por cierto que ello no exime a la coyuntura actual de la disciplina de la responsabilidad de plantearse sus propios intereses y metas, sino todo lo contrario: el terreno para la postulación de valores está recién ahora allanado, pues esos valores ya no podrán hipostasiarse en esencias intemporales de la sociología. La conciencia de la precariedad puede otorgar mayor reflexividad crítica, vitalidad y creatividad a la labor intelectual.

Este recorrido crítico se completa con la edición, selección y el estudio preliminar por parte de Blanco de una antología del propio Germani, **Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología**. Se completa lo que podemos considerar una verdadera operación en el campo de la historia intelectual argentina, con toda la

importancia que Blanco reconoció en las estrategias del propio Germani.

El estudio preliminar recoge lo esencial de los desarrollos de **Razón y modernidad**, con la virtud adicional de la obligada concisión. Comprende además la totalidad del itinerario intelectual de Germani, incluido ese tramo decisivo de su producción posterior al exilio de la Argentina en 1966 —no tematizado en **Razón y modernidad**— en el que el optimismo modernizador se desvanece. Blanco restituye los contextos de debate en los que inscribir cada artículo de Germani y propone algunas claves para orientar la lectura de una serie de textos que proviene de épocas muy distintas (de 1945 a 1979), y que tratan una muy variada gama de temáticas (problemas metodológicos, el peronismo, la urbanización, la crisis de la democracia). Acaso pudiera echarse de menos una explicación más orgánica del pesimismo que invade al último Germani, no sólo como un súbito cambio de opinión sino también como indicio rastreable en la propia genealogía de su itinerario anterior. La presencia de los frankfurtianos desde los inicios de su itinerario podría ser una clave para ello.

A cincuenta años de la fundación de la carrera de sociología ya no podremos tener una mirada ingenua de la disciplina y su historia. Alejandro Blanco nos ofrece un método, muchos argumentos y los materiales necesarios para evitar toda forma de mitificación. A partir de estos dos libros ya no podremos dejar de anhelar para otras disciplinas un abordaje histórico-crítico análogo, a su exigente altura. Más que “llenar un vacío” en un delimitado campo del saber, Blanco procede con todo el vigor de las verdaderas intervenciones intelectuales: produce un vacío, instalando la necesidad del mismo gesto de historización en el resto del campo de las ciencias sociales.

Luis Ignacio García
(UNC-CONICET)